

Américo Vespucio

Ricardo Majo Framis

Ediciones LAVP

www.luisvillamarin.com

Américo Vespucio
© Ricardo Majo Framis
Primera edición 1952
Reimpresión junio de 2020
Ediciones LAVP
www.luisvillamarin.com
Tel 9082624010
New York City -USA
ISBN 9781663565877
Ediciones LAVP

Todos los derechos reservados para la publicación de esta obra. Esto implica que sin autorización escrita firmada por el editor, nadie podrá reimprimir ni comercializar esta obra en ninguna de las formas existentes para la venta de libros. Hecho el depósito legal.

Índice

I. Antes que el perfil y estampa del hombre, su intelectual valoración	7
II. Una fama de papel se hace y de su ensueño sin color	19
III. Infancia y juventud de Américo Vespucio	57
IV. El poderoso influjo de ambiente	79
V. Narración y crítica del primer viaje de descubrimientos que se atribuye Vespucio	93
VI. Segundo viaje, descubrimientos de Vespucio hizo bajo la capitania de Alonso de Ojeda	133
VII. El tercer viaje vespuciano hacia el incógnito austro.	175
VIII. Noticia explicativa del "Mundus novus", que hace relación al tercer viaje vespuciano, y de los textos apócrifos, atribuidos a Vespucio	211
IX. De la cuarta navegación vespuciana y del regreso del florentino a Castilla	235
X. De Américo Vespucio, favorecido por la corte castellana, y de su matrimonio con la sevillana María Cerezo	255
XI. — Desde los comienzos por Vespucio del negocio de la Especiería hasta su nombramiento de piloto mayor de los reinos de España	272
XII. — La fábula incierta en torno a un hombre cierto	297
XIII.— El Gimnasio Vosgiano y el bautismo de América ...	315
XIV.— Adiciones al texto precedente. — Bibliografía vespuciana—Sistemas de geografía hipotética, en curso y pugna durante el siglo XVI, ya en seguimiento de las ideas vespucianas, ya de las colombinas —Breve noticia acerca de Juan Vespucio	344

Antes que el perfil y estampa del hombre, su intelectual valoración

A diferencia de tantos otros nautas trasatlánticos, y son casi todos, delante de los cuales y de sus ingentes sombras reconstituidas, el historiador ha de mover el estruendo de la épica, o esparcir los colores de los paisajes tan deslumbrantes en el caso de este hombre, América, o Amérigo Vespucci, con hispanizado apellido de Vespucio, la labor crítica, la labor de examen y discusión, es la primera.

Vespucio en un personaje borroso, siquiera sea la suya una maravillosa celebridad, tanta que el nombre derivado de su nombre, «América», ¿cuántas veces se reiterará ahora, día por día, y por labios humanos en toda la faz del planeta?

Es sujeto obstruso, escondido. El mismo se ha concedido la luz 'de la fama por sus brevísimos escritos... Sus trabajos de navegante y descubridor son mucho menos transparentes que la relación que da él mismo de ellos en sus escritos.

La primera particularidad crítica, que hallamos en Vespucio, es la de que todas sus hazañas, merecimientos y grandes hechos, están declarados por él mismo y por obra de su pluma—es el cronista de sí mismo—y no hay relato ajeno, ajena, historia, documento que otro cualquiera haya formado, que dé noticia de sus grandes sucesos.

Habrá, pues, siempre contra la limpieza de lo fama de este descubridor y navegante, una prevención, a manera de las que se

llaman «*tachas*» en procedimiento judicial: que haya él tenido para consigo mismo la debilidad de amor propio que cada cual alimenta hacia su persona.

Todos los que lo elogian—y el elogio posiblemente es justo—, desde los redactores de la «*Cosmographiae Intraductio*», impresa en 1507 por el gimnasio humanista de Saint-Dié, o San Deodato, en Lorena, hasta los modernos Varnhagen, o Vignaud, por citar a algunos de sus muchos aficionados, hacen estribo y fundamento de sus opiniones y conclusiones, de los escritos mismos del propio América.

Se trata, pues, de un navegante, de quien la fama es más que del orden de la directa épica, del tenor de lo literario. Otros concluyeron grandes hechos y las musas históricas se encargaron de difundirlos y darlos al viento flexible de la celebridad.

Este escribió, aunque no mucho; y sus escritos le han concedido tan alta cima de la notoriedad, que apenas cede la roca en que está en pie de aquella otra en que permanece, casi sacra, lo Figura de Colón. Un examen biográfico del hombre Vesputio habrá de trabarse siempre en cuanto consecuencia dialéctica de la mucha documentación de investigadores y opinantes, que han acumulado cuatro siglos en seguimiento de los posibles grandes hechos y los cortísimos escritos del personaje

Una segunda particularidad crítica atinente a Vesputio es la de ser un descubridor que nunca tuvo capitania. Es una circunstancia muy peculiar en la que hasta ahora, y salvo Navarrete, nadie ha puesto atención excesiva—y circunstancia altamente significativa—la de que en ninguna de sus navegaciones, por igual la que

tenga opinión de fabulosa, que la que parezca certísima, nunca Vespucio mandó armada, ni fue, por tanto, descubridor personal con los fueros que al capitán y conductor, por razón de su capitania, corresponden.

Siempre fue un subalterno, y subalterno de tan escaso relieve, que ninguno de los cronistas que dan fe de las respectivas expediciones lo nombra. El, Vespucio, en trueque, cuando escribe sus navegaciones abruma con su silencio a sus compañeros de afanes. Si su primer viaje ha existido, y no es fábula del navegante—redactor, no ha podido ser otro que uno en que fueron a Honduras por capitanes Juan Díaz de Solís y Vicente Yáñez Pinzón. ¿Cita Vespucio a estos hombres?

Tampoco dice palabra de Alonso de Ojeda y de Juan de la Cosa, verdaderos rectores de su Viaje Segundo, en el que él, Vespucio, no habrá sido otra cosa que un subordinado, gestor de la Casa de la Contratación, o de oficio parecido. O, en todo caso, piloto asociado, o adjunto.

Sus relatos se centran en su persona y a todos los demás los alude con una vaga expresión de «*nosotros...*». Es como si viajase con fantasmas y no con humanas personas, y el pensamiento, y hasta el ensueño, fueran solamente suyos.

Ni dice cosa tampoco de Gonzalvo Coelho, el jefe portugués, al que ha servido y seguido en su Navegación Cuarta, y en cuanto atañe a su Navegación Tercera, la más señalada de las suyas, la que concede magno asunto al relato de esas tres o cuatro hojas impresas que se llaman el «*Mundus Novus*», igualmente dilata él un silencio de incomprensión, o de desdén, en redor de las personas

de sus compañeros. Parece que sólo él ha hecho; sólo él navegó, y él lo halla todo y por él adquiere todo vivacidad de saber y objetividad humana.

A esta actitud de Vespuccio, cuando escribe, no se le puede Homar más que un «*egoísmo de la fama*», que quiere para sí sólo y no compartir con ningún otro. O es la venganza que el hombre, vejado con un oficio subalterno, se toma en hostilidad contra los que ha visto, al salir del puerto, y al andar entre ellos por el castillo de Popa, o apoyarse a par de ellos en las amuras, siempre como más descollantes que él.

Por otra parte—y he aquí una observación argumental, penetrante y eficaz casi como una espada—, ¿se puede, en justicia exacta, llamar y dar honor de descubridor de unos tierras ignoras y países de asombro, al que va como subalterno en las naves en perjuicio del capitán, que ha determinado el rumbo, ha articulado las iniciativas y a quien en rigor competen la gloria o el fracaso? ¿Quiénes son los descubridores en al problemático **primer viaje**? Pinzón y Solís.

Pensar que pueda serlo el que escribe un relato, en olvido de los capitanes y porque él está a bordo, sin que le hayan correspondido la determinación del rumbo y la iniciativa marinera, científica y marcial, es tonto como pensar que a cualquier grumete o marinero de faena hubiera también competido el descubrimiento. Porque el hacer la relación del descubrimiento no es precisamente la calidad de haberlo hecho. El descubridor del segundo viaje es Ojeda, y en todo caso y como su adjunto y autoridad náutica, Juan de la Cosa.